

## Una meditación sobre los símbolos

Antonio Belaunde Moreyra

Los símbolos nacionales son básicamente tres: la bandera, el escudo y el himno, a los que habría que agregar el lema o moto del escudo y también la moneda. Ciertamente es que este último es un símbolo móvil muy especial. No cabe duda que la patria peruana tiene numerosos símbolos, como la Maycapacha, por ejemplo. Sin embargo, ocuparnos de ello *in extenso* nos llevaría demasiado lejos. Aquí nos atenderemos a los signos oficiales que han sido objeto de legislación formal. Empecemos por la bandera.

Según las corrientes indigentes, el Perú tiene dos banderas: una inoficial, constituida por los siete colores del arco iris, símbolo del Incario y del pasado pre-hispánico; y otra oficial, que es bicolor el nacional (rojo y blanco) que todos conocemos.

### El arco iris incásico

Pretender que el Incario tuvo una bandera me parece algo anacrónico y contrafáctico, pues el simbolismo del trapo flameante (*drapeau* en francés) está unido a la navegación de altamar y servía sobre todo para la identificación de las naves. No se podía navegar sin bandera, ni siquiera los piratas, quienes tenían su propia bandera negra. En tierra había más bien el estandarte o pabellón, pero no flameaba igual. Esto no quita que el arco iris, como quiera que estuviera simbólicamente representado, tuviera un enorme valor justamente de estandarte, o más bien de gallardete en alguna forma plástica que me es difícil imaginar si transponemos este símbolo cristiano bajo el Incario. Ese valor se me antoja fácil de entender desde el punto de vista de la religiosidad natural. El arco iris es el premio que el dios del cielo, Wiracocha, otorga al dios solar, Inti, por su victoria sobre la tempestad encarnada en el dios atmosférico, Illapa. Esto debió ser tanto más significativo cuanto que según las más modernas investigaciones al Inca Pachacútec, vencedor de los chancas, se le identifica con el dios solar (Illapa debió ser el dios tutelar patrono del líder chanca Uscavilca). Por lo demás, no debe tomarse tal simbolismo como una rebeldía contra el uraniano Wiracocha, puesto que es él quien lo premia con la corona multicolor, o más bien guirnalda, que enmarca su gloria.

Tal símbolo natural no es mudo ni ajeno para el cristianismo, pues hay un Salmo que proféticamente identifica a Cristo con el mito solar. Mircea Eliade nos ha explicado cómo hay un constante desplazamiento de los dioses atmosféricos hacia lo alto del cielo. Esta ley, aparentemente pagana y politeísta, se cumple también en la teología judeo-cristiana con el desplazamiento del Padre, primera persona de la Santísima Trinidad, que para los judíos es Yavé, de sus posición inicial del dios atmosférico del Sinaí, cuyo Sumo Sacerdote fue Melquisedec, a la posición de Dios del cielo que hoy día ocupa, según palabras del mismo Cristo.

Padre nuestro, que estás en el cielo...

No creo que sea blasfemo marcar el paralelismo entre el Yahvé sinaítico y el Zeus tonante de la mitología olímpica.

Si uno se fija bien en los Salmos, hay uno que alude a un uraniano "Atlésimo", que fue el que asignó a Yahvé su lote y su heredad dándole por tal el pueblo del Israel. Ese Uranus del más elevado firmamento ha quedado asimilado en la religión cristiana a nuestro Padre que está en el cielo, y de vez en cuando lo decora con el arco iris, que rara vez se ve en Lima, pero frecuentemente en la sierra. Semejante simbolismo naturalista no es, pues, ajeno al Perú cristiano de hoy. Y cabe agregar que no prueba nada contra el carácter revelado de la verdad cristiana el que ella asuma el simbolismo religioso natural que por lo visto está ínsito en la idiosincrasia del hombre.

### **La bandera de Miranda**

Bolívar adoptó para la gran Colombia la bandera propuesta por Miranda: amarillo, rojo y azul, bandera compuesta por los tres colores puros, base de cualquier sistema de policromía, pues otros colores del arco (naranja, verde y violeta) se obtienen de él por mezcla. Pero Miranda, según parece, no pensaba tanto en esto sino en dar una versión plásticamente resumida del arco iris incásico. Tal es el prestigio de nuestro pasado remoto al que se querían ligar las nuevas naciones independientes de la América del Sur.

Ahora bien, debo traer aquí a colación el simbolismo de los colores en la heráldica de los estandartes nacionales, tal como ha sido interpretada a partir del descubrimiento hecho por el sabio francés George Dumézil de lo que él llamo "las tres funciones sociales", entiéndase directivas, y por eso la masa o común del pueblo queda fuera de ellas, a saber: la religiosa o normativa; la guerrera y al mismo tiempo regidora en el sentido de ejecutiva; y la económica o función promotora de la fecundidad de la naturaleza y de la producción. No tenemos espacio para recordar cómo Dumézil llegó a este hallazgo gracias a su habilidad de filólogo comparativista que encontró para el paralelismo estructural tripartito en el

panteón romano y en el sistema indostánico de castas. Baste decir que la triplicación de funciones guarda evidente parecido con la teoría platónica de las tres almas: el alma concupiscente, de nivel puramente biológico; el alma irascible, que rige la vida pasional y las emociones básicas de ternura y coraje; y el alma que Platón llama racional, pero creo yo que debe entenderse más bien en el sentido espiritual más alto, justamente en la medida en que la razón es expresión, o debe serlo, de una elevada espiritualidad.

Se sabe que la tricotomía platónica es relativamente distinta de la aristotélica, que distinguía los niveles vegetativo, sensitivo o animal y nuevamente el racional. En cambio, se parece mucho a las llamadas tres "gunas" hinduistas (*tamas, rajas y sadva*), que en suma son el peso de lo material en la vida, la pasión (muy similar a la irascibilidad platónica o *Emphinlichkeit* alemana) y el *sadva*, el espíritu ligado a la vivencia religiosa trascendental. Con esto creemos habernos explicado lo suficiente acerca de las tres funciones o niveles que identificó Dumézil y las encontró particularmente diferenciados en los pueblos hindo-europeos.

Por cierto, la tres funciones directivas deben ser cumplidas en toda sociedad, primitiva o evolucionada, pero puede variar mucho la diferenciación en que se presentan en las diferentes estructuraciones en la vida social. Por eso se dice que frente al carácter tríadico de los hindo-europeos está el dual de China y el antiguo Egipto, y el tetrádico de las culturas amerindias, manifiesto en el Perú, por lo pronto de tres maneras: el mito de fundación de los cuatro hermanos Ayar; la distribución del espacio en los cuatro Suyos o paisajes diversificados del Incario; y la idea de las cuatro edades del mundo que figura en Guamán Poma. La tricotomía dumeziliana, en todo caso, aporta una llave para penetrar comparativamente en estas diferentes estructuraciones sociales, entre ellas las castas hindúes y los estamentos de la Europa feudal, pero no podemos entrar en esto ahora. En todo caso, ella ha motivado una peculiar interpretación tríadica de la heráldica de las banderas y estandartes que debemos traer a colación, a propósito de la tricotomía que era la bandera de Miranda.

A lo que queremos ahora venir es a que, desde el punto de vista dumeziliano, la bandera más perfecta y más equilibrada es el tricolor francés, donde el blanco está por el espíritu, es decir, el alma ligada a Dio; el rojo por la sangre, por tanto, el corazón y el coraje; y el azul, color frío y oscuro, por la fecundidad de la materia prima, sea en un sentido alquimista, sea en un sentido fisiográfico, como feracidad de la naturaleza, sentidos ambos que en el fondo quizá no estén opuestos. El tricolor francés, por lo demás, es anterior a la fase crítica de la Revolución y representó el ideal moderado de la monarquía constitucional. Por eso, el rey aceptó que la escarapela tricolor fuera impuesta en su pecho por su leal súbdito, el marqués de Lafayette, héroe de la independencia de Estados Unidos. Él

tiene variantes en el tricolor italiano o mexicano, donde el verde sustituye al azul, pero significa básicamente lo mismo; o en el antiguo tricolor alemán, donde la materia prima era simbolizada más radicalmente por el negro, que conlleva inequívoca alusión a la muerte, o sea, a la dialéctica de vida y muerte que está en la base de la alquimia, cuya materia prima es negra, y es de ahí de donde surge el enigmático proceso de la transmutación.

El negro se conserva en la variante que surgió en las revoluciones liberales del siglo pasado, cuyos otros colores son el amarillo y el rojo; así, por ejemplo, en la bandera de Bélgica (1830) y la de Alemania Federal, que fue inicialmente escogida a raíz del Congreso Democrático de Frankfurt (1848). Ese bicolor expresa todavía un pensamiento tri-estamental ajeno al jacobinismo, cuyo color propio fue siempre el rojo.

Confirmado el esquema de Dumézil, la bandera papal, blanco y oro, es la más sádvica, la más espiritual que cabe. El carácter sádvico del blanco es obvio; es sabido que, desde el punto de vista óptico, el blanco no es un color, sino la reunión de todos ellos cuya desagregación es justamente el arco iris, por refracción del espectro solar. El amarillo es ya un color, pero entre estos es el que más se aproxima al blanco, por ser el más claro y su significado es universal, como el color de la luz y la energía solar en primavera. El amarillo o dorado es, pues, un escalón intermedio entre lo sádvico y lo rajásico, al cual se aproxima más el naranja, por ejemplo, que sirve de fondo al *Dannebrog*, bandera de Dinamarca.

La bandera peruana no es ni mucho menos el único ejemplo de bandera bicolor, que en este sentido altera la inicial triada dumeziliana. Un caso notable es la española, oro y gualda, que una marchita popular interpreta como los vinillos de Jerez y de Rioja. También es bicolor la bandera de Argentina, donde el celeste es una forma sádvica de azul y representa la pureza de la Santísima Virgen.

La bandera de Miranda tiene la misma estructura triádica, que vemos sobre todo en la belga y la federal de Alemania. El rojo es siempre el elemento rajástico de la sangre; el azul o el verde en la bandera boliviana representa el elemento tamásico o de fecundidad de la tierra; y el amarillo es, como ya dijimos, un elemento sádvico espiritual, teñido de una connotación algo rajásica un tanto más densa que el oro claro de la bandera papal. Pero surge de inmediato la pregunta: ¿por qué si la bandera de Miranda, comenzando por Colombia, ha sido creada por los países bolivarianos, el Perú, donde esta bandera tiene el significado adicional de su ligazón al simbolismo incásico oriundo no la ha hecho suya?

## El bicolor rojo y blanco

La historia del bicolor rojo y blanco ha sido objeto de una bella monografía de don Jorge Fernández Stoll, que figura entre la enorme documentación publicada con motivo del sesquicentenario de la independencia nacional. No hace falta repetirla, y para toda referencia erudita nos remitimos a aquel trabajo.

Lo que aquí nos interesa es su interpretación simbólica. Ella resulta bastante obvia: el rojo es la sangre, el blanco es el alma. En nuestro país mestizo, crisol de razas y de sangres y, por lo tanto, de marcadas diferenciaciones temperamentales atávicas, es importante que la bandera nos recuerde que todas las sangres son rojas, las buenas, pero que el alma debe ser siempre blanca, lo que nada, o muy poco, tiene que ver con la pigmentación de la piel y la ondulación o grosor del cabello. “La sangre roja, el alma blanca”, provocaba gritarles a los comunachos que se empeñaban en borrar el blanco de nuestra bandera.

Curiosamente, la bandera que más se parece a la del Perú es la de Austria y no está de más que cuente su historia. El archiduque Carlos fue uno de los líderes de la III Cruzada, junto con Ricardo Corazón de León, ese franco normado rey de Inglaterra con quien se peleó, y Felipe Augusto, rey de Francia, políticamente amigo suyo. Bien, la vestimenta o armadura del cruzado era una cota de malla con la cruz blanca en el escudo y un casco o yelmo de acero protegiendo la cabeza, y sobre la cota de malla una túnica blanca; pero he aquí que en el fragor de la batalla del asalto de San Juan Arce, donde el Archiduque se distinguió aún más que el corazón de León, quien por eso le cobró cócora, digo, la túnica blanca se manchaba totalmente de rojo por la sangre de los enemigos descalabrados o despanzurrados. Entonces, sus servidores, para poderlo reconocer, le ponían un pañuelo o echarpe blanco en la cintura. Y, cuando se manchaba, otro, y de nuevo otro, hasta la victoria final, de modo que quedase el rojo, blanco y rojo horizontalmente, como son los tres campos de la bandera austríaca. Los nuestros son verticales y, por ello, marcan un contraste aún más vivo. En ciertos contextos, como el pasaje de Lorelei en el curso medio del Rhin, cuando corta el Taunus-Eiffel, el bicolor es señal de peligro, pero se impone la convicción de que el simbolismo es igual, y si se quiere, aún más erguido: el alma blanca rodeada de dos campos de sangre roja, es decir, de “todas las sangres”, para ponerlo en palabras de José María Arguedas.

De otro lado, está el hecho de que el Perú no es solo un país bolivariano, sino también sanmartiniano. Y San Martín, cierto que con otro diseño, había escogido nuestro bicolor antes de la llegada de Bolívar. Se dice que ello se debió a su rol en la guerra anti-napoleónica de España, donde se distinguió heroicamente en la batalla de Bailén. Los patriotas españoles escogieron, entonces, el bicolor rojo y blanco que los ligaba a su herencia

borgoñona-austríaca renacentista porque Pepe Botella había usurpado la gualda y oro. Así, en el fondo, San Martín, adoptó el rojo y blanco por su apego a la idea monárquica, común a toda la Logia Lautaro a la que pertenecía, y ello no lo pudo borrar la dictadura republicana de Bolívar.

Vemos, en todo caso, que nuestro pabellón tiene un remoto origen cruzado, como la enseña austríaca misma. Son muchas las banderas cruzadas, entre ellas las de los países escandinavos, con el *Dannebrog* a la cabeza y el *Union Jack* británico, que junta las cruces de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Por último, la de Suiza, cruz blanca sobre fondo rojo, que dio lugar, con el mismo diseño pero con inversión de los colores, a la bandera de la Cruz Roja Internacional.

Una niña, en circunstancias que sería largo de explicar aquí, recitó en su colegio un 28 de julio, hace ya más de dos décadas, un poemilla patriótico que le decía al Perú:

Tu bandera es roja y blanca  
por la sangre de los héroes  
y la pureza del alma

Creo yo que ese imperativo vale para todos los peruanos. Otros bicolores rojo y blanco son el canadiense y el polaco, cuyos dos campos de horizonte me son difíciles de interpretar. En el Lejano Oriente, entiendo que también Indonesia tiene una bandera bicolor y, por cierto, Japón, con su rojo sol poniente que aquí llamamos “de las brujas”. El de Líbano tiene un cedro verde en el campo blanco, a diferencia del maple encarnado del Canadá. Con todos estos pabellones, el nuestro tiene un indisimulable aire de familia, lo que hace probable que su interpretación sea similar a la nuestra; pero en ello mi ignorancia, que solo tiene lagunas, me impide entrar. Desde el punto de vista dumeziliano, el lector se preguntará: ¿El tercer aspecto, quirínico o tamásico de la fecundidad de la tierra, está fuera de nuestro simbolismo nacional? De ninguna manera, solo que él se refugia y se concentra en el escudo.

### **El escudo fisiocrático**

El escudo peruano, como se sabe, alude, básicamente, a la excelencia de nuestro país, en el sentido en que esta última palabra está ligada al paisaje, en los tres reinos de la naturaleza la delicada vicuña en el reino animal; el salutífero árbol de la quina en el reino vegetal; el cuerno de la abundancia derramando monedas o medallas de oro, recordatorio de riqueza legendaria y símbolo solar por excelencia, en el reino mineral.

Este escudo refleja la influencia de las ideas fisiocráticas que, sin duda, habían llegado aureoladas de un alto prestigio al Perú en el período en que sesionaba la célebre Sociedad de Amantes del País, que juntó a nuestros más

preclaros próceres. No sé que ello tuviere expresión en algún artículo del Mercurio Peruano, órgano de esa sociedad durante el gobierno del virrey Jáuregui, pero la filiación de las ideas me parece evidente. Se trata de una visión ideal, más bien platónica, de la naturaleza, como la que inspiró los grandes oratorios de Haydn, “La creación” y “Las cuatro estaciones”, lo contrario de una visión utilitaria, que por entonces ya había asomado en la Inglaterra de Jeremías Bentham, opuestas a Napoleón, a la que estuvieron vinculados un tiempo Miranda y luego Andrés Bello. Hay quien habría preferido a la delicadeza de la vicuña el vigor guerrero del puma sedente rugiendo su energía, símbolo también incásico; pero esto habría sido ya demasiada insistencia en el simbolismo solar, pues el puma es el león americano, y el león, rey de los animales, por su melena recuerda la radiación solar. Sin embargo, quizá de alguna manera oculta el puma está también presente en nuestro simbolismo nacional.

Hay otros, quizá los de fuera, que pudieran pretender que el árbol de la quina fuera sustituido por el arbusto de la coca, planta también sagrada de los incas, lastimosamente profanada y bastardeada en tiempos recientes. En todo caso, que el otro está en su lugar, no cabe la menor duda, aunque la promesa de la cornucopia de la abundancia diste mucho de haberse realizado en lo que llevamos de vida republicana. Lo que sí es cierto es que, de tiempo en tiempo, la Providencia pone en valor algún producto peruano: guano, azúcar, caucho, cobre, harina de pescado,..., lo que nos impide caer en la más negra miseria (se avecina, al parecer, el turno del gas de Camisea). Esto nos lleva a tratar de la moneda.

## El sol de oro

Tal es el nombre tradicional de la moneda peruana, distinguiéndonos del apelativo común e América Latina “peso”, que alude a algo tamásicamente a la Ley de la acuñación. Nuestro peso a partir del gobierno de Nicolás de Piérola adquirió una connotación alusiva al Astro Rey. Lástima. La moneda como símbolo nacional tiene la particularidad de tener un valor variable como de termómetro de la salud socio-económica, ya que corre el riesgo de volatilizarse por efecto de su devaluación en las fases críticas.

La palabra “sol” no era ajena a la terminología monetaria clásica, en la que se alude al pago de lo guerreros (“soldada”, de donde viene el castellano “sueldo” y el francés *sou*, moneda de cinco céntimos). Esta etimología recuerda lo que venimos diciendo sobre el destino inflatorio de todos los medios de pago, cosa que no impide estar en *près de ses sous*, como hace la buena burguesía francesa y los que aquí seguimos su ejemplo.

Cuando el sol se llamaba “de oro”, aunque era en realidad de plata, lo que no estaba mal, alguien dijo:

No nos alumbra el sol  
que tan generoso suena  
como su nombre de moneda,  
pero rueda hacia alguna arca llena.

Quizá el Nuevo Sol sea el mismo de siempre que brillará en el futuro venciendo las espesas nubosidades que nos “asombran” o ensombrecen. Nos asombra el efecto que el ahorro nacional vaya a parar a arcas foráneas. Raymondi una vez dijo:

El Perú es un mendigo sentado sobre un banco de oro.

¿No será al revés?, es decir, que es el banco de oro quien está sentado sobre el pobre mendigo, nuestro país, llámese banca mundial o fondo monetario... No insistamos. Como quiera que eso fuere, el Perú tiene la dignidad solar y el oro de la Conquista aún relumbra y resuena en la memoria de los pueblos cuando oyen su nombre.

Quizá haga falta algo decisivo de parte nuestra, a fin que “la promesa de vida peruana”, según la llamó Jorge Basadre, llegue algún día a ser real.

La moneda, cuando era sol de oro, contenía este lema: “Firme y feliz por la unión”, lema que marca el carácter indefectiblemente unitario del Estado peruano y el imperativo de consolidar esa unidad consumando el proceso de la integración nacional.

## **El himno**

El himno contiene un imperativo aún más categórico, si caben grados, en el superlativo kantiano:

¡Somos libres, seámoslo siempre!

Según el pensador brasileiro Carlos Guillermo Merquior, la libertad es de tres modos: primero, la libertad de cadenas y prisiones coactivas externas; segundo, la libertad como capacidad de elegir, o sea panoplia de posibilidades abiertas a nuestro arbitrio o nuestro capricho, por ejemplo, el mercado, siempre que no nos falte numerario; y tercero, la libertad como determinación desde dentro, es decir, como energía de la elección misma. Es esta, en suma, la libertad que propugna nuestro Himno Nacional, la que nos hace realmente libres frente a toda inercia externa o interna y se consuma en el acto libre supremo que es el amor.

Pero, ¡atención! El himno nos amonesta:



Ante niegue sus luces el sol  
que faltemos al voto solemne  
que la Patria el Eterno elevó.

El himno del Perú es dual. La estrofa es un andante meditativo y 'profundo, como son el *God save the queen* británico y el *Deutschland Über Alles germánico*, basados en sendas melodías de Hendel y Haydn; el coro es una marcha triunfal, como la Marsellesa y la bella Marcha Real Española. Hay otras. no quisiera omitir el *Star-Spangled Banner* de nuestro gran vecino del norte. Lástima que la interpretación al uso no toma en cuenta esta maravillosa y contrastada variedad rítmica y melódica del Himno Nacional, y convierte su tempo en una banalidad inepta para reflejar y transmitir un significado profundo.

La estrofa, que habla primero del arrastrar de cadenas de la esclavitud, progresa en un *crescendo* que culmina y estalla en el coro triunfal. Eso de las cadenas no le gustaba a don Raúl Porras Barrenechea, pero a mí me recuerda el himno a la libertad que es quizá el momento culminante de Fidelio, la célebre ópera de Beethoven, identificado por su frase inicial: *Welche Lust!* La mejor manera de acentuar el valor de la libertad es marcar su contraste con el aprisionamiento, y eso hace nuestro Himno Nacional, al igual que el notable coro beethoveniano. El musicólogo alemán Atila Sampay ha explicado cómo el coro juega un papel muy distinto en la ópera romántica que no jugaba en la ópera barroca y clásica, Mozart inclusive. Entretanto, había ocurrido la gran Revolución Francesa y desde ella era imprescindible la voz del pueblo:

Vox populi, vox Dei.

De ahí la relevancia del coro de la época romántica y el primero de esos grandes coros heroicos es el aludido *Welche Lust* de Beethoven, al cual, en la idea al menos, se liga a nuestro himno.

Ya lo decimos, nuestro himno es dual, lo mismo que la bandera, aunque obviamente por medios distintos: la una con tonos plásticos, el otro con colores sonoros; pero ambos expresan un vivo contraste que, por lo visto, es congénito a nuestro carácter nacional. Eso, en efecto, me sugiere que el Perú, como persona colectiva, es, a su vez, dual y cíclico, cosa que habría que estudiar desde el punto de vista de la caracterología simbólica del universo mítico-astrológico. Su impronta solar está, confiemos que no permanentemente, ensombrecida por densos nubarrones que hacen que el sol nos niegue sus luces, cosa muy frecuente en los inviernos limeños.

Pero esas sombras son más interiores que externas. No son cósmicas, telúricas ni foráneas; son más bien anímicas, cosa de temple interior. Las llevamos lastimosamente dentro. Por lo mismo, depende de nosotros, por cierto, con la ayuda de la gracia implorable de la Divina Providencia, el

llegar a dispensarlas y disolverlas. Eso sucederá algún día, reza la esperanza y, entonces, el Altísimo nos premiará seguramente con un arco iris perdurable que marque la grandeza de esta patria cuando se cumpla, cristianamente, el mito del Incarri, después de haberse repetido la leyenda de Yawar Huacca; patria cuyos símbolos son tan poderosos que apenas nos damos cuenta de ello, pero en el fondo de nuestras almas, o de nuestra alma colectiva, todos los peruanos y peruanas lo sabemos. No guardemos demasiado oculto el secreto.